EL HOMBRE EN EL SIGLO XXI

POR

ALBERTO WAGNER DE REYNA (*)

Mi avanzada edad me impide concurrir personalmente, como lo hubiera deseado, a vuestro Congreso. El "Hombre en el siglo XXI" es tema que me preocupa profundamente; y por ello me permito dirigiros este mensaje, como modesta contribución a sus trabajos.

Con el término de la Edad Media —bajo el impulso de Reforma protestante y del Renacimiento— se inicia en Occidente un movimiento cultural de "humanización", esto es de afirmación del hombre como actor y fin de su propia existencia. Inicialmente, significa el "humanismo" —que así se llama esta actitud ideológica— simplemente un retiro de Dios del foco de la atención y del quehacer humanos, para privilegiar a la persona humana. Dentro de esta línea, en el "deísmo", es reducido Dios a una lejana causalidad.

El "Siglo de las luces" lo desplaza aún más: de oscuro antecedente conceptual pasa Dios a ser la obscuridad misma. Y por fin es negado totalmente. La afirmación del hombre se torna así en aversión a la "idea de Dios", que ha de ser combatida como nefasta. De

(*) El ilustre embajador, escritor y filósofo peruano Alberto Wagner de Reyna nos ha hecho el honor de confiar la publicación de su mensaje al Congreso "El hombre en el siglo XXI", celebrado en Córdoba de la Nueva Andalucía (Argentina) el pasado mes de noviembre (N. de la R.).

Fundación Speiro

la elegante "Ilustración", pasando por la emotiva y homicida apostasía de la Revolución francesa, se llega a la resentida militancia del materialismo histórico, que combate el "opio del pueblo".

En todo este proceso se mantiene, sin embargo, Dios como punto de referencia, aunque incierto o vitando, o como objeto de explícito rechazo. Pero pronto, y pese a los esfuerzos de un vacilante "humanismo cristiano", la afirmación del hombre como instancia suprema e inmanente ya no requerirá más del paso lógico previo de la negación de Dios. Su concepto es declarado contradictorio, o por lo menos "subjetivo", por el pensamiento oficialmente correcto. En aras de la mentalidad científica, el ateísmo reinante decreta que un Ser Creador y Providente no tiene sentido, y por lo tanto no merece ser discutido. Dios es entonces degradado a fenómeno sociológico o psíquico y reducido, por tanto, a tema de las ciencias sociales y humanas o de la introspección. El proceso mental de "humanización" culmina finalmente en la segunda mitad del siglo pasado. ¡Y hasta Dios queda incluido en ella!

Desde esta suerte, nos hallamos hoy ante la ausencia de Dios, convenida por los grandes de este mundo. Entonces los "derechos humanos" se fundan en sí mismos (como el imperativo categórico de Kant) y por lo tanto ignoran su contrapartida, los deberes del hombre, que obligan frente a Dios. Los derechos ya no radican en la naturaleza (creada por Él) sino en la libertad —irrestricta y egocéntrica—, que se abre a todas las posibilidades. Con la pérdida de la trascendencia divina desaparecen también las fronteras éticas.

Esta filosofía de derechos humanos absolutos es la fuente metafísica de la modernidad; y la postmodernidad estriba en asumirla plenamente. Lo hace dentro de dos maquinarias que se han constituido en fines de sí mismas: de un lado, el engranaje de la técnica, que posibilita el paneconomismo actual y no admite sino la ley del mercado; y, de otro lado, el mecanismo de la fría y anónima solidaridad global, planificada y obligatoria, que sus-

Fundación Speiro

tituye a la otrora voluntaria y cordial entrega —por justicia y compasión— a la fraternidad con el prójimo. En estas dos maquinarias, devoradoras de hombres, pero cuyas evidentes ventajas bajo otros aspectos son indiscutibles, culmina el deshumanizado y apóstata humanismo, que pregonan los medios de comunicación de masas y autentifican textos jurídicos internacionalmente consagrados. Es un humanismo descarnado y des-almado que ha perdido sus raíces en Dios, en Dios que es Amor. Y que ignora a Cristo, Dios hecho hombre.

Es menester, sin embargo, ser ciego para no ver a dónde nos ha llevado el humanismo huérfano de Dios. No es, pues, necesario describir lo que advertimos por doquier: al lado de los logros de la civilización, abundan egoísmos, desequilibrios, violencias, peligros, injusticias... que nunca han faltado pero que ahora constituyen un tejido planetario que amenaza a la humanidad en su esencia y existencia. La decadencia de Occidente —diagnosticada ya en los años 20 del siglo pasado— y las dos maquinarias devoradoras que hemos señalado se corresponden y condicionan, de modo que los artificios de éstas no pueden compensar los estragos de la civilización decadente, en la cual los hombres son números.

El único camino para salir de ella es volver a ser hombres, auténticamente hombres, y sacudirnos de la escoria que recubre y falsifica nuestra esencia. He allí la salvadora tarea del hombre del siglo XXI. Volver a nuestras raíces de Occidente y, conscientes de nuestra contingencia, reivindicar nuestra filiación divina, para saltar —nuevamente juveniles y esperanzados— hacia adelante.

En Iberoamérica, la tierra más occidental de Occidente, nuestras raíces cristianas no se han secado del todo; aún queda savia vivificante en ellas. Protegidos por los océanos y el mar Caribe, hemos conservado —aunque invadidos por la modernidad— el sentido de lo eterno, del desprendimiento, de la naturaleza en su virginidad telúrica, y hasta la insolencia de la "real gana". Ese es nuestro tesoro. Saquémoslo a la luz para las generaciones veni-

Fundación Speiro

deras, comuniquémoslo en un esfuerzo educativo inspirado en los ideales eternos, mostrémoslo en nuestra generosidad espiritual a lo ancho y largo del mundo, y demos gracias a Dios porque aún sabemos y podemos darle gracias.

Fundación Speiro